

Loles López



**UN
BESO
POR
ERROR**



Loles López

Un beso por error



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Diseño de la cubierta: © Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.758-2023

ISBN: 978-84-08-27561-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La chica del lago

Theo

Respiro el aire limpio, húmedo y fresco de esta pequeña población de Canadá mientras recorro este sendero sinuoso que bordea un lago. Observo con atención todo a mi alrededor, como si quisiera memorizar cada rincón del que se convertirá en mi nuevo hogar a partir de ahora, en mi refugio, en la última posibilidad que tengo para conseguir lo que quiero. Ni siquiera he deshecho las maletas, solo las he metido en el que será mi dormitorio y me he cambiado para salir a rebajar tensiones. Necesitaba desprenderme de esta frustración que me acompaña desde hace demasiado tiempo de la mejor manera que sé: corriendo. El deporte siempre me ha liberado, me ayuda a centrarme cuando siento que todo se descontrola. E incluso, a veces, me ha ayudado a escapar de mis problemas, de todo lo que me rodea, de la realidad...

De esa realidad que me acecha con cada día que se acaba.

Además, es un gusto hacerlo en estas condiciones porque la temperatura es suave, fresca para la última se-

mana de agosto, creo que en el móvil marca 16 °C, y seguramente bajará a medida que el sol también lo haga.

Acelero el trote al percibir cómo se atenúa la luz solar, pues tampoco quiero que me sorprenda la noche cuando todavía no estoy familiarizado con el entorno. De repente, siento una pequeña y fina gota impactar contra mi cara que me hace levantar la mirada para ver que el cielo se ha cubierto de unas densas nubes negras que me hacen temer que en cualquier momento caerá un buen chaparrón. Es entonces cuando decido dar la vuelta, a pocos metros de un enorme árbol; sin embargo, el sonido de algo cayendo al agua provoca que me desvíe de mi plan para adentrarme hacia donde se encuentra el lago.

Me detengo justo en la orilla, contemplando el ligero movimiento del agua y la soledad que reina en este lugar a esta hora de la tarde. No veo a nadie y es posible que el ruido que he oído se deba a algún animal que se ha tirado al agua. No obstante, cuando doy un paso hacia un lado para volver al sendero, descubro un pequeño montón de ropa en el suelo y vuelvo a centrar mi atención en el agua. Si hay ropa aquí, eso significa que hay alguien en el lago y puede que necesite ayuda... Y entonces aparece una cabeza en la superficie, a unos cuantos metros de distancia de donde estoy. Es una chica joven, es posible que de mi edad. Su gesto concentrado, sereno, mientras se retira de la cara el largo cabello negro con ambas manos cambia ligeramente cuando sus ojos me encuentran mirándola.

—Ignoraba que tenía espectadores; de haberlo sabido, habría hecho alguna acrobacia acuática para entretenerte —suelta sin vacilar al tiempo que nada un poco, acercándose a donde estoy.

—¿Estás bien? —pregunto para asegurarme de su bienestar, pues me extraña ver a una chica sola nadando en el lago a estas horas y con este tiempo.

—He tenido momentos mejores, pero me imagino que no te refieres a eso —contesta socarrona, mostrándome una amplia sonrisa que endulza sus facciones. No entiendo qué le hace tanta gracia—. No te he visto nunca por el pueblo —añade observándome fijamente, como si conociese a todos los habitantes de este lugar.

—Acabo de llegar... Sabes que está lloviendo, ¿no? —apunto notando cómo la lluvia cae cada vez con más fuerza.

—¿Eres el nuevo chico del tiempo del canal CTV 2? —replica mientras dibuja una pequeña sonrisa condescendiente sin dejar de nadar lentamente por el lago, como si no tuviera frío y le diese igual que las gotas de lluvia comiencen a crear una cortina de agua—. Ya sé que está lloviendo, pero digamos que he cogido el camino rápido: ya que me iba a mojar, lo hago disfrutando.

—¿Cómo te llamas? —le planteo sin pensar.

¡Joder! No pretendía entablar ninguna conversación con nadie y mucho menos con esta chica que me muestra, de nuevo, una sonrisa amplia, como si le divirtiera mucho esta extraña situación. Ella, nadando, y yo, mojándome de pie delante de ella.

—Si intentas hacer un amigo en Langford, has escogido mal a tu primera víctima —responde burlona—. No sabes con quién has ido a parar en tus primeros pasos por el pueblo y, en cuanto te hablen de mí, te arrepentirás de haber sido simpático conmigo.

—No suelo escuchar las habladurías.

—Uy, ¡esto sí que es nuevo! ¿Cuántos años tienes? ¿Cincuenta? —añade con el mismo tono divertido de voz. Parece que todo se lo toma a risa, como si fuera incapaz de hablar en serio—. Los llevas muy bien, pensaba que tendrías más o menos mi edad.

Sé que debería dejarla sola y marcharme por donde he venido, pues la lluvia ya ha empezado a empapar mi cami-

seta, que comienza a pegarse a mi cuerpo, pero esta chica... Su manera de hablarme tan sincera, sin filtros; su expresión descarada, como si no temiera nada; su mirada franca, como si jamás se escondiera..., todo me impide moverme. Es como si necesitara entender qué hace dentro del lago, sola, en una tarde tan desapacible.

—¿Siempre eres así de directa al hablar? —¡Mierda! ¿Por qué no puedo darme la maldita vuelta y largarme por donde he venido?

—¡Uy! Soy eso y muchas más cosas, pero me estoy conteniendo para no asustarte y que te vayas de este precioso pueblo. Si al final hasta lo voy a echar de menos —comenta y detecto que su mirada se ha empañado de emociones y su sonrisa se ha desvanecido lentamente.

—¿Te vas?

—Sí. En un rato me marcho para siempre de Canadá. Por eso, es absurdo que te diga mi nombre o que tú me digas el tuyo, pues no nos vamos a volver a ver nunca más —suelta de carrerilla—. No eres canadiense —afirma sin un ápice de duda—. Tienes un acento curioso.

—Soy de un pequeño pueblo de Massachusetts —le aclaro y observo cómo se acerca a la orilla para salir del lago. No puedo evitar contemplar sus suaves hombros cuando surgen del agua, sus marcadas clavículas, su pálida piel, sus dulces curvas y... ¡*jo-der!*

Va con un sujetador deportivo de color blanco y me giro rápidamente poniéndome de espaldas para darle cierta privacidad, ya que me he percatado de que se ha metido en el lago en ropa interior y esta se transparenta tanto que he podido ver sus redondas tetas sin mucho esfuerzo.

—¿Y estáis todavía en el siglo XIX? —se mofa y frunzo el ceño al no comprender la razón por la que me suelta eso—. Puedes girarte, tampoco es que vayas a ver nada

que no hayas visto antes en cualquier playa, ¿no? ¿O soy demasiado poca cosa para lo que estás acostumbrado? Te diría, para burlarme de ti, que todas las canadienses somos así, pero no quiero que vuelvas a Massachusetts corriendo. No te preocupes, hay chicas preciosas en este pueblo e incluso alguna es maja, pero te aconsejo que no te dejes llevar solo por la apariencia —añade y, al darme la vuelta, veo cómo termina de ponerse una fina sudadera de color negro que cae por encima de su abdomen, dejando al aire unas largas piernas y el borde de una braguita también negra.

No diría jamás que esta chica es poca cosa... Es cierto que no es tan llamativa como otras que he conocido, ni tiene un rostro deslumbrante que te robe el aliento, pero posee un descaro natural que la hace brillar y unos ojos tan grandes que parece que te absorban en un mar oscuro de misterio. Además, es mucho más alta que la media, creo que puede rondar el metro setenta y cinco, pues prácticamente es igual de alta que yo y, descalzo, alcanzo el metro ochenta.

Aunque... ¿a mí qué más me da todo eso? No he venido a Langford para fijarme en chicas, ni mucho menos para pensar si llama o no la atención precisamente la primera con la que me cruzo. He viajado hasta aquí para conseguir una meta y sé que tengo que apartar cualquier tipo de distracción que me impida alcanzarla.

Y la primera distracción son las chicas.

Niego con la cabeza intentando recuperar mi control, para después observar cómo abre un poco más los ojos, como si estuviese analizando cada uno de mis movimientos.

Su mirada me... desconcierta y...

¡Joder! Me tengo que ir ya, antes de que mi autocontrol se vaya a la mierda delante de ella.

—¿Necesitas que te acompañe a tu casa? —pregunto en un acto reflejo, sintiendo la garganta seca.

¡Hostias! Otra vez me atrapan sus grandes y expresivos ojos de una tonalidad que me recuerda al sirope de arce.

—Lo que yo decía... del siglo XIX —farfulla con gracia y me fijo en que sus ojos brillan con guasa—. No hace falta, caballero andante con armadura... de Nike —añade clavando la vista en el logo de mi camiseta azul, que está ya totalmente adherida a mi cuerpo por culpa de la lluvia, que va aumentando de intensidad mientras hablamos—. Me he traído la bici y puedes marcharte sin problemas porque sé cuidar de mí misma. Además, al final vas a acabar calado hasta los huesos.

—Sí, será lo mejor... Adiós..., chica del lago.

—Del lago Langford, por favor —replica divertida mientras veo que coge los pantalones para ponérselos—. Venga, vete, que no quiero que me culpen de que el chico nuevo coja una pulmonía. Ya tengo bastante con lo que dicen de mí por ahí como para sumarle algo más... ¡Vamos, chico de Massachusetts, largo de aquí! —me apremia con gracia, como si nos conociéramos de siempre.

No puedo evitar sonreír al oír su tono desenfadado mientras me despido de ella con una mano para volver por el sendero que he recorrido antes y comenzar a correr en dirección contraria, a casa de mi tía. Al poco, el sonido de un timbre de bicicleta me hace girarme y veo cómo pasa por mi lado, con una amplia sonrisa, pedaleando rápidamente y alejándose de igual forma. Intento no fijarme en el increíble culo que le hacen esos cortos pantalones azules, algo que no logro porque mis ojos se han desvinculado de mi cerebro y, literalmente, se han quedado anclados a ese trasero respingón.

Trago saliva con dificultad notando que mi cuerpo se ha excitado por culpa de la chica del lago y acelero mis pasos intentando quitarme esta sensación de encima.

Tengo que recordar mi plan.

Necesito que nada ni nadie lo estropee, y mucho me-

nos una deslenguada y misteriosa chica que he encontrado nadando en el lago en una tarde lluviosa.

Una chica que se marchará de aquí en un rato, algo que en otras circunstancias me hubiese molestado, pero que ahora mismo agradezco.

Después de unos eternos minutos corriendo a través de una cortina de agua, al final he aceptado que me he perdido porque no recuerdo haber tardado tanto en mi trayecto hasta el lago. Al rato llego a la calle donde vive mi tía y, al abrir la puerta, procuro por todos los medios no mojar el suelo.

—Ya estoy aquí, tía Julie —anuncio mientras cierro la puerta tras de mí.

—¡Madre mía, Theo, estás empapado! —exclama ella al verme—. Hace un momento se ha ido Mason, ¿no te has cruzado con él? —me pregunta refiriéndose a su nueva pareja, al que todavía no conozco.

—No he visto a nadie en la calle.

—Me imagino que habrá encontrado a Max y se habrán ido ya... ¡En fin! —dice pesarosa refiriéndose a la hija de este, a la que tampoco he visto... ni veré, porque se va de aquí. Después me echa una mirada de pies a cabeza, y me percató de que sus ojos verdes se abren con horror—. Corre arriba a ducharte, pero antes... ¡quítate las deportivas y llévalas en la mano!

Hago lo que me ha pedido, me meto en la ducha y, sin pretenderlo, la chica del lago se cuela en mis pensamientos sin avisar. Su mirada socarrona, su sonrisa sincera, su largo cabello negro pegado a sus hombros, su atrevida expresión al bromear, sus redondos pechos, sus pezones endurecidos por el frío, su increíble culo... y cierro con fuerza los ojos, deteniendo de golpe esas imágenes que se amontonan en mi mente mientras apoyo ambas manos en los azulejos.

No puedo dejar que nada ni nadie me desvíen de lo que quiero.

Ni la chica del lago.

Ni ninguna otra chica.

Solo dispongo de dos años para conseguir lo que me he propuesto y lo voy a lograr, pase lo que pase, aunque tenga que mantenerme al margen de todos.